



Capítulo 253 - Finalmente, estás empezando a entenderlo.

Vergil dejó su teléfono a un lado, sin responder el último mensaje de Ada. En cambio, simplemente se sentó allí, observando a Raphaeline con una mirada más atenta, más... presente.

Siguió saboreando su ramen, absorta en el simple placer de disfrutar de su comida. El vapor ascendía suavemente del tazón, y su mirada, habitualmente penetrante y autoritaria, parecía ahora un poco más suave. Era casi como si estuviera reviviendo algo... algo lejano.

No dijo nada. Simplemente tomó sus palillos y siguió comiendo, pero sin apartar la vista de ella.

El silencio entre ellos no era incómodo. De hecho, era una pausa pacífica, algo inusual en las vidas caóticas que llevaban.

Raphaeline, sin embargo, se dio cuenta al poco tiempo. Masticó sus fideos lentamente y, sin levantar la cabeza, lo miró de reojo.

—Me miras demasiado. —Su voz era ligera, casi juguetona, pero con un matiz de curiosidad.

Vergil no apartó la mirada. Simplemente tomó un sorbo de caldo y apoyó el codo en la mesa, apoyando la barbilla en la mano. "¿De verdad?"

—Sí. —Dejó los palillos y cruzó los brazos sobre la mesa, inclinándose ligeramente hacia adelante. Sus ojos lilas se encontraron con los de él con un brillo inquisitivo—. ¿Qué pasa? ¿Tengo algo en la cara?



Vergil sonrió levemente pero no respondió de inmediato.

—Si no me lo dices, empezaré a pensar que estoy babeando caldo o algo así.

—Raphaeline frunció el ceño.

Él soltó una risa corta y silenciosa, un sonido tan raro que sus ojos se abrieron ligeramente por la sorpresa.

Vergil simplemente se encogió de hombros. "No es nada. Solo... estoy disfrutando de la vista".

Raphaeline parpadeó un par de veces, claramente sorprendida. Luego, lentamente, un leve rubor se apoderó de su rostro.

Ella apartó la mirada, tomó el vaso de agua que estaba a su lado y tomó un sorbo para enmascarar su reacción.

Vergil se dio cuenta y le pareció divertido que, a pesar de su presencia dominante y su comportamiento siempre sereno, todavía podía ponerse nerviosa con tanta facilidad.

—Hmph. —Se aclaró la garganta y volvió a coger los palillos, murmurando—: Si querías felicitar me, podrías haberlo hecho de una forma menos directa...

"No te hice ningún cumplido", comentó.

Se quedó paralizada a mitad de camino, con los palillos aún en el aire. Luego, se volvió hacia él con una expresión ligeramente indignada. "¿Cómo que no lo hiciste?"





Dije que disfrutaba de la vista. Tú lo interpretaste como quisiste.

Raphaeline lo miró en silencio por un momento, como si tratara de descifrar si estaba bromeando o no.

Finalmente, se burló, esbozando una pequeña sonrisa. "Tsk... te encanta provocarme, ¿verdad?", dijo.

—Ni siquiera miraste atrás. Qué lástima. —Vergil sonrió con suficiencia y siguió comiendo.

Entonces se dio la vuelta... la supuesta "vista"... no existía. Al fin y al cabo, estaban en una habitación privada y cerrada. Claro, las paredes eran bonitas, pero... él no las miraría fijamente y lo llamaría "vista", ¿verdad?

«Él...», empezó a pensar, pero decidió no seguir con ese pensamiento. Simplemente observó un momento más antes de volver a su comida.

Pero esta vez, su sonrisa no se desvaneció tan rápidamente.

Quizás esta cita no fue tan mala idea después de todo.

Después de terminar su ramen, Raphaeline estiró los brazos con un suspiro de satisfacción, con un ligero brillo de alegría en sus ojos.

¡Bien! ¡Ahora que hemos comido bien, sigamos caminando! Se levantó y le tendió la mano a Vergil, quien arqueó una ceja.





"Estás demasiado emocionado", dijo Vergil con una sonrisa.

—Y tú no estás lo suficientemente emocionado. —Insistió ella, agarrándole la mano y arrastrándolo, entrelazando sus dedos.

Virgilio no se resistió. No porque lo arrastraran a la fuerza, sino porque, curiosamente, no veía razón para negarse.

Tokio de noche era vibrante. Las luces de neón teñían la ciudad de tonos azules, morados y rojos, reflejándose en los edificios de cristal y el asfalto humedecido por la humedad. El movimiento constante de la gente no resultaba irritante; al contrario, transmitía una extraña sensación de bienvenida.

Raphaeline lo guió por las calles como si ya tuviera un destino en mente. Pasaron por escaparates llamativos, tiendas de electrónica, cafés temáticos e incluso algunos puestos de dulces tradicionales.



"Hm, ¿debería comprarle algo a Ada?" murmuró para sí misma, mirando un expositor lleno de llaveros de personajes de anime.

«Está pensando en Ada... eso es nuevo... muy nuevo...», pensó Vergil, al ver lo diferente que actuaba. Cuando la conoció, Raphaeline había sido demasiado arrogante. Ahora... parecía simplemente una mujer tranquila, feliz y equilibrada.

Así que, por su bien —y por el de Ada— haría lo que fuera necesario para conservar esta versión de Raphaeline.

"¿Quieres que lo lleve?" preguntó Vergil, cruzándose de brazos.



"Ja, ya sí que estás aceptando el papel de novio, ¿eh?", bromeó con una sonrisa traviesa, como si por fin hubiera ganado algo.

Él no respondió, simplemente miró hacia un lado.

Raphaeline se rió, pero entonces algo le llamó la atención. "¡Ohhh! ¡Mira eso!"

Vergil siguió su mirada y vio una máquina de gachapones, del tipo que dispensa juguetes en cápsulas al azar.

"¿De verdad te interesa?", preguntó, sin poder disimular su leve sorpresa. "Y ahí va la reina demonio milenaria...", pensó, observando la emoción de la mujer, o mejor dicho, de la niña.

¡Claro! ¡Estas máquinas son adictivas! Se acercó con entusiasmo y empezó a mirar los premios disponibles.



Vergil miró el lateral de la máquina. El tema era de un anime que sin duda reconocía: aquel en el que el Honrado solía compararlo con su madre... quien, bueno, se partió en dos, así que quizá esa comparación ya no fuera válida. Se mostró una lista de personajes, junto con sus descripciones de rareza.

Raphaeline sacó algunas monedas y las insertó en la máquina.

"¡Yo quiero ese!" Señaló a un personaje específico de pelo blanco y ojos azules.

Todos lo conocemos por otro medio por el cual, honestamente, preferiría no ser demandado.



"¿Te das cuenta de que esto es aleatorio, verdad?", preguntó Vergil. Nunca le gustó mucho el gacha.

"Sí, pero tengo suerte", dijo emocionada.

Vergil se cruzó de brazos, escéptico.

Giró la manivela y cayó una cápsula. Ansiosa, la abrió rápidamente, pero en cuanto vio el contenido, hizo un puchero.

"Ja... tengo un personaje común", dijo, mirando a un chico de pelo blanco y con un dibujo de color salmón a su lado.

Vergil le quitó la miniatura de la mano y la examinó. «No veo ninguna diferencia entre esta y la otra que querías», dijo, intentando no darle demasiada importancia. Al fin y al cabo, no tenía intención de meterse de repente en una discusión de anime. Así que seguía siendo un buen hombre sin cultura... o al menos, lo intentaba.



"¡Eso es porque no entiendes el significado de esto!" Suspiró dramáticamente.

Vergil arqueó una ceja. "Entonces inténtalo de nuevo."

"¡Lo haré!" resopló.

Metió más monedas y volvió a girar la manivela. La cápsula cayó, la abrió... y, una vez más, no era lo que quería.

"¡No!" exclamó ella.

"Tu suerte no es tan buena después de todo." Vergil soltó una risita.

Ella lo miró de reojo, sospechosa.

"¿Crees que puedes hacerlo mejor?" me desafió.

"Es solo una máquina. Cualquiera puede manejarla", se encogió de hombros.

"Entonces demuéstalo", dijo.

Ella cruzó sus brazos, desafiándolo.

Vergil suspiró, pero agarró unas monedas y las metió en la máquina. Giró la manivela con calma.



La cápsula se cayó. La recogió y la abrió.

En el momento en que vio lo que había dentro, los ojos de Raphaeline se abrieron de par en par.

"...De ninguna manera... El Honrado..." murmuró, casi con incredulidad.

Había conseguido exactamente el personaje que ella quería.

Vergil miró la miniatura y luego a ella. "Está bien, ¿verdad?"



¡¿En serio?! ¡Gasté muchísimas monedas y lo conseguiste a la primera!

Le entregó la miniatura. "Toma."

Ella lo tomó, todavía sorprendida, pero luego sonrió y sostuvo la pequeña figura con exagerado afecto.

"¡Ja! ¡Ahora lo tengo!"

Vergil observó cómo celebraba y negó con la cabeza. Era un poco infantil... pero a la vez, adorable.

"Entonces, ¿qué pasa ahora?" preguntó.

Raphaeline apretó la miniatura contra su pecho y le sonrió.

"¿Qué tal si continuamos nuestra cita y vemos a dónde nos lleva la noche?"

Respiró profundamente y, sin darse cuenta, acabó esbozando una pequeña sonrisa.

"Hm... Supongo que no tengo elección."

Ella se rió y lo agarró del brazo, tirándolo hacia su próximo destino.

Pasaron las horas, y Vergil se vio enfrascado en todo lo que habían estado haciendo. Pero entonces... ¿dónde estaba?





Vergil parpadeó lentamente, analizando su entorno. Las luces eran suaves y cálidas, el aire olía a flores, y la decoración... bueno, definitivamente no parecía la de un hotel cualquiera.

Él entrecerró los ojos.

"...Rafaelina."

La mujer a su lado, que había estado jugando distraídamente con el pequeño llavero de gacha que le había ganado, levantó la vista con inocencia. "¿Sí, cariño?"

"... ¿Dónde estamos exactamente?"

"Un motel, por supuesto." Ella sonrió.

El silencio que siguió fue casi cómico. Vergil la miró fijamente, parpadeando un par de veces mientras intentaba procesar su respuesta descaradamente directa.

Se pasó una mano por la cara y suspiró. «Debería haberme dado cuenta antes».

Raphaeline inclinó la cabeza, todavía sonriendo.

"¿De qué hablas? Solo pensé que después de una cita tan maravillosa, sería un desperdicio no disfrutar la noche", bromeó.

Se cruzó de brazos.





"Me chantajeaste para conseguir una cita, me arrastraste por la ciudad, me hiciste jugar a una máquina de gacha... y ahora me llevas a un motel". Enumeró cada punto.

"¡Exactamente!", confirmó alegremente.

Vergil echó un vistazo a la espaciosa cama en el centro de la habitación, luego a la iluminación estratégicamente romántica y, finalmente, al jacuzzi en la esquina. "Lo planeaste desde el principio, ¿verdad?"

Se puso una mano sobre el pecho, fingiendo indignación.

"¿Cómo puedes pensar eso de mí? ¡Soy una dama!" Intentó defenderse, pero ya estaba demasiado sonrojada como para que la tomaran en serio.



"Rafaelina." Virgilio la llamó por su nombre.

Ella se rió, abandonando finalmente la farsa. "Vale, vale. Quizá tenía un objetivo desde el principio..."

Vergil suspiró de nuevo, pero había algo en su expresión que sugería que no le molestaba exactamente.

Él la miró, y ella ahora lo miraba fijamente, sus ojos brillando con una mezcla de anticipación y... algo más.

—Bueno... ya que estamos aquí —murmuró.

"Por fin lo estás entendiendo." Raphaeline sonrió triunfante.